



# La Lectura Popular

AÑO XVII

Orihuela 1 de Ab. il de 1899.

Núm. 375

## JESÚS MUERE

Jesús estaba suspendido en la cruz, su sangre caía gota á gota, y la vida se iba desvaneciendo lentamente. Los judíos saboreaban la muerte que venía. María Santísima permanecía siempre de pié y con los ojos fijos en Jesús. Juan, de pié como ella y como ella abismado en el dolor. Magdalena estaba de rodillas, enlazando con sus dos brazos el tronco de la cruz: en medio de sus sollozos y lágrimas no sabía separar sus labios de los pies desgarrados de su divino Maestro. Cerca del medio día el cielo se oscureció y quedó la tierra envuelta en siniestras y lívidas tinieblas... Jesús sintió que se llegaba su hora. «¡Mujer!—dijo con un acento de inefable ternura—¡he ahí á tu hijo!» Y sus ojos se dirigieron hácia Juan, el Discípulo amado. Y dirigiéndose á Juan, añadió: «¡He ahí á tu Madre!» Y como si quisiera, por último, condescender una vez más con la debilidad humana: «¡Dios mio!—exclamó con un grito desgarrador—¡Dios mio, por qué me has desamparado!» Mas como recobrando pronto su fuerza divina dijo: «Todo está consumado.» y dando una gran voz despues de haber dicho: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» ¡inclinó la cabeza y espiró!

En el Templo súbitamente rasgóse de arriba abájo el gran velo del santuario. La tierra tembló con fuertes sacudidas, como si fuera á perecer. Las rocas se entrechocaron y los sepulcros se abrieron, y los muertos aparecieron y un gran velo de sangre pasó sobre el sol.

«¡Ah!—exclamó lleno de espanto el centurion que mandaba la cohorte—¡en verdad que este era Hijo de Dios!» Y se alejó de allí golpeándose el pecho. Siguiéronle los soldados, y despues el pueblo judío despavorido.... Poco á poco se fué alejando la turba ocultando su espanto bajo la máscara de una sonrisa sardónica y.... quedaron al lado del muerto únicamente Maria, Juan y la Magdalena. Cuan-

do la masa del pueblo se alejó, otras dos mujeres, que habian estado apartadas, se acercaron: eran María, la madre de Jacobo, y Solomé, la madre de Juan. Todos juntos, silenciosos, desolados, delante de aquella cruz, de la que pendia su Maestro comenzaron á celebrar sus funerales.

¡La muerte!.... ¡Dios la sufrió!.... todos nosotros la tenemos que sufrir...y quizás no está muy lejos; quizá llevamos ya su gérmen en nuestro pecho y ha puesto ya su sello sobre nuestra frente. ¡Morir! ¡morir! ¡y he de morir yo tambien! Esta palabra tiene en el oido del hombre un sonido desagradable y duro.... Y no hay más remedio que morir: *Homo sicut faenum dies eius, tamquam flos agri sic effloret.* «Los dias del hombre se marchitan como el heno, como la flor del campo así florece y se seca.»

¿De donde procede el temor que nos causa la muerte?

No vivimos en este mundo más que la vida de los sentidos, por su medio nos vienen los pensamientos y brotan nuestros afectos y se despiertan nuestros deseos. De ahí que toda nuestra vida, por inocente que sea, se puebla de objetos materiales y sensibles, eso es lo único que vemos y lo único que amamos. La muerte nos arranca brutalmente de entre todo ese mundo de los sentidos y nos separa de él para siempre.... ¿cómo no nos ha de parecer cruel?

Mas ¿por qué estamos tan apegados á estas cosas sensibles y pasajeras? ¿No sabemos que las tenemos necesariamente que dejar un dia ú otro y alejarnos sin ellas en ese más allá de la vida? Dios ha puesto el sello de la muerte en toda criatura... Ha querido que todas nos recuerden y adviertan su deleznable fragilidad... Las flores se deshojan á nuestra vista... los frutos caen, los árboles mueren.... El dia se extingue en las tinieblas de la noche... el canto de esas aves que os embelesa se va perdiendo poco á poco en el fondo de los bosques, y al fin cesa. Hasta esas gigan-

tescas rocas cuyas enormes masas parecen desafiar á los siglos, se van desgranando desmenuzando, y poco á poco se van convirtiendo en polvo que disipan los vientos.... ¡En nosotros mismos cuántas cosas mueren!

El acto que ejecutamos en este mismo instante, en el mismo deja de ser y ya no es nuestro... ¡Qué de veces le quisiéramos asir en su huida para volverlo á hacer mejor, más digno... imposible! ¡ya pasó! El tiempo... esa misteriosa imagen de la vida ¿qué otra cosa es sino sucesión de instantes en que uno muere al punto que otro llega? Nuestros pensamientos se van, nuestros afectos se desvanecen, nuestros cariños mueren unos en pos de otros... todo nos grita: ¡Voy á morir!... Todo muere dentro y fuera de nosotros. ¿Qué hay estable y permanente en el mundo? Y, sin embargo, devorados como estamos por la sed de afecciones eternas, apegamos nuestro corazón ciegamente á todas esas cosas que deben morir... Y no es esto todo; nosotros, que debemos morir tambien, nos empeñamos en echar raíces en este mundo que tenemos que dejar. Supongamos que sea inmortal todo lo que nos rodea, ¿no debería bastar el saber que debemos nosotros morir, para no exponernos, por nuestro demasiado apego, á quedar despedazados cuando llegue la irresistible, la inminente separación?....

Pues bien, no; precisamente cuando la muerte se acerca, cuando nuestras arrugas se ahondan y nuestros cabellos blanquean, cuando nuestro cuerpo se encorva y vacila, entónces es cuando nos asimos con una energía delirante, como el hombre que se anega, á los vanos amores de este mundo.

¿Quien tiene, pues, la culpa de que suframos al morir?

El instinto de la naturaleza nos mueve tambien á mirar la muerte con espanto. Nuestro cuerpo y nuestra alma somos nosotros en este mundo: la muerte que sepa-



ra al uno de la otra, se nos representa como si nos desgarraran, separándonos de nosotros mismos. En fin, la enfermedad, el dolor, las angustias de la agonía forman un cortejo del que apartamos la vista temblando. El animal, como el hombre, experimenta este natural horror, y el alma de mejor temple, el alma mas santa, no puede siempre librarse de él.

Ni hay porque asombrarse. ¡La muerte es un castigo!... Por el pecado entró en el mundo... es la paga del pecado... Recibámosla como tal, cristianos, y reconociendo que somos culpables, inclinemos con humildad nuestra frente ante la divina Justicia que nos hiere. Es costumbre cuando el sacerdote ayuda á bien morir á un moribundo, inspirarle el pensamiento de aceptar voluntariamente la muerte.. ¿Qué quiere decir esto? ¿Aceptar la muerte cuando es inevitable, cuando la tenemos encima, cuando nadie en el mundo nos puede librar de ella? Si, cristianos, aceptarla con resignación, con un corazón sumiso y amoroso y como expiación suprema.

¡Ah! este es un grande y sublime pensamiento, uno de los más nobles arranques á que puede llegar la voluntad humana: para preparar la nuestra, ejercitémonos en estos sentimientos desde hoy mismo. Aceptemos de antemano la muerte, y confesemos que la hemos merecido. Imitemos al divino Maestro, que sufrió la muerte en expiación de nuestros pecados.. No hubo temor ni angustia sobre su frente. Apenas aquella queja amorosa, dada por decirlo así como excusa de nuestros lamentos y quejas y desesperación: «¡Dios mio, por qué me habeis abandonado!»

¡Oh qué Maestro! ¡oh y cómo seria necesario que le tuviéramos siempre delante de los ojos para prepararnos á morir! A las almas más humildes y sencillas Dios les concede á veces un gran valor en la muerte. Una mujer llena de fe (no de esa fe ilustrada y profunda que no es patrimonio sino de un pequeño número, sino de esa fe ingénuo y comun que se halla entre los pequeñuelos de este mundo), una de esas mujeres, despues de haber sufrido mucho durante su vida, sintió que estaba herida de muerte por la enfermedad, y dijo á su hija: «¡Ya llega mi hora... no te separes de mí!» Llamó al sacerdote, se confesó, recibió el santo Viático y la Extremaunción, y como le dieran todavía esperanzas de vida: «¡Ah, no, no!—dijo—ya he sufrido bastante, ahora á descansar al cielo!» Ella misma dispuso sus exequias, y el arreglo y disposición del féretro y todo lo demás con una tranquilidad extraordinaria. Despues, sintiendo que le

subia á la garganta algo que la sofocaba, sin conmoverse, sin derramar una lágrima: «¡Hija mía! —dijo—esta es la agonía... hasta que nos volvamos á ver!... Y espiró.

*Victor Van Tricht, S. J.*

## SUETOS Y VARIEDADES

### La Misericordia de Dios

El bajel que vagabundo  
Midió con velas y remos  
Los dos opuestos extremos  
Del uno y del otro mundo:  
Despues que tanto profundo  
Inmenso mar ha corrido,  
De un huracán impelido,  
Y en un escollo estrellado,  
Teme ya, roto el costado,  
Verse pronto sumergido.

El viento crece más fuerte,  
El mar se inquieta más fiero,  
Y el infeliz pasajero  
Llora su próxima muerte:  
En tan desgraciada suerte  
Ya no le queda á su anhelo  
Más esperanza y consuelo  
Que alzar su congoja el grito,  
Pidiendo humilde y contrito  
Socorro y piedad al cielo.

Mas ¿en qué playa, en qué puerto  
Pretende ser arrojado,  
Viendo el cielo tan cerrado  
Y el navío tan abierto?  
En un naufragio ya cierto  
¿Quién habrá que lo conforte?  
¿En qué Santelmo, en qué Norte  
Puede encontrar su esperanza  
Para las olas bonanza,  
Para el navío resorte?

Mas sin faltarle el aliento  
En tan adversa fortuna,  
Busca una tabla oportuna  
Que lo lleve á salvamento:  
A salvarse siempre atento  
Nunca su valor desmaya;  
Pues á no temer se ensaya  
Del mar el ceño severo,  
Abrazándose á un madero  
Que lo conduzca á la playa.

Es el cuerpo el frágil vaso  
En donde el alma navega,  
Y de lágrimas se anega  
En un mar á cada paso:  
No hay instante en que un fracaso,  
Ni rumbo en que un extravío  
No tema un frágil navío,  
Acostumbrado á encontrar  
O algun escollo en el mar,  
O en la tierra algun bajío.

La vida en cada momento  
En un escollo tropieza,  
Pues combaten su firmeza  
Fuego, tierra, mar y viento:  
Mas cuando cada elemento  
Al alma causa temores,  
Se ve con sustos mayores  
Entre dos playas vecinas,  
Una sembrada de espinas,  
Otra esmaltada de flores.

Por un lado la memoria  
Del infierno le amedrenta;  
Por otro lado le alienta  
La esperanza de la gloria:  
Bien que parece ilusoria  
Su mal fundada esperanza;  
Pues solo la gloria alcanza  
Un alma que está inocente,  
Aunque se ve delincuente  
Alienta su confianza.

Sabe con toda evidencia  
Que Dios benigno le ha dado  
Al naufragio del pecado  
Por tabla la penitencia:  
Sabe que de la clemencia  
Es el trono verdadero  
Aquel, que manso cordero,  
De un madero está pendiente,  
Y así busca penitente  
A sus pies tabla y madero.

Quien atento considere  
Las llagas del Redentor,  
Por más que sea el mayor  
Pecador, no desespere:  
Si él es quien piadoso quiere  
Que no muera y se convierta,  
Sin duda tiene la puerta  
De la piedad y el sagrado  
En su pecho y su costado  
Para el pecador abierta.

¡Oh cómo infunde consuelos  
El ver que Dios se compara  
A una gallina que ampara  
Con las alas sus polluelos!  
Con tan amantes desvelos  
Pueden los hijos de Adán  
Vivir sin susto ni afán  
Al mirar que Dios extiende  
Sus alas y los defiende  
Del infernal gavilán.

No hay Madre tan amorosa  
Que trate con más cariño  
Al infante tierno Niño  
Que entre sus brazos reposa:  
El llama al alma su esposa,  
Su inmaculada, su amiga:  
No hay instante en que no siga  
Como girasol su aspecto.  
No hay ternura, no hay afecto  
Que amoroso no le diga.



Con fineza desmedida  
 Nuestro buen Pastor se llama,  
 Y de retama en retama  
 Busca la oveja perdida:  
 A su aprisco la convida,  
 Si es que va descarriada,  
 Y si la ve fatigada,  
 Causando á todos asombro,  
 Echándola sobre el hombro  
 La conduce á la majada.

Yo soy, Señor, esa oveja  
 Que busca su perdicion,  
 Cuando falta de razon  
 De tu rebaño se aleja:  
 Yo soy el que sin refleja,  
 Perdido, ciego y sin tino,  
 Sigo el difícil camino  
 De la culpa y del pecado;  
 Mas de tus silbos llamado  
 Ya á seguirte determino.

¡Nadie extraña, y con razon,  
 Que Job con David se asombre  
 Cuando contempla que al hombre  
 Dios le da su corazón!  
 ¡No es vaso de corrupcion!  
 ¡No es un traidor, un infiel!  
 ¡No es un lodo, no es aquel  
 Que Dios formó de la nadal  
 ¿Pues cómo Dios empleada  
 Tiene su memoria en él?

¿Qué admiraciones extrañas  
 No hiciera al ver que á ese lodo  
 Dios sacramentado todo  
 se le mete en las entrañas?  
 ¿Qué hiciera al ver las hazañas  
 De su amor tan excesivo  
 Si mirara compasivo  
 Que el Hombre-Dios entre penas  
 Da la sangre de sus venas  
 Por redimirlo cautivo;

Si no son tiernas caricias,  
 Yo no sé cómo las nombre.  
 Decir que Dios con el hombre  
 Tiene todas sus delicias:  
 ¿No tienes, Señor, milicias  
 De espíritus soberanos  
 Que fieles y cortesanos  
 Te alaban de noche y día?  
 ¿Para qué la compañía  
 Quieres de hombres tan villanos?

¿Qué tiene el hombre que tanto  
 Lo ama el Señor que lo hizo?  
 ¡Esto es para mí un hechizo  
 Si para Dios un encantol  
 Pero á nadie cause espanto  
 El amor que Dios le muestra;  
 Pues una mano maestra  
 Ama su estatua ó pintura.  
 Y el hombre imagen y hechura  
 Es de la divina diestra.

Es Dios autor soberano  
 Del hombre, y en su pintura  
 Se deleita al ver la hechura  
 Tan perfecta de su mano.  
 Fuera de que el sér humano  
 Es obra de su pincel;  
 Tiró su diestra el nivel  
 Con tanto amor y conato,  
 Que hizo en el hombre un retrato  
 Todo semejante á él.

A toda hermosura place  
 Ver su rostro en un espejo;  
 Así Dios ve su bosquejo  
 En el hombre y se complace:  
 No hay quien rompa ó despedace  
 Su imagen más verdadera:  
 Ninguno se ve que quiera,  
 Al lienzo en que está pintado,  
 Verlo roto ni abrasado  
 En las llamas de una hoguera.

De Dios soy imagen: luego  
 Si El su copia me formó,  
 No querrá jamás que yo  
 Arda y me abraze en el fuego:  
 Antes bien, si acaso ciego  
 El apetito se atreve  
 Aun con la mancha más leve  
 A deformar su pintura,  
 Luego al instante procura  
 Que se retoque y renueve.

De aquí nacen sus enojos,  
 Pues afirma por su boca  
 Que quien toca al hombre, toca  
 A las niñas de sus ojos:  
 Quiso que espinas y abrojos.  
 Dé la tierra por tributo  
 Desde aquel día, que el fruto,  
 Que produjo venenosa,  
 Transformó su efigie hermosa  
 En un estólido bruto.

Dios, que imprime al cristianismo  
 El caracter de su idea  
 Para que así el hombre sea  
 Justa imagen de sí mismo,  
 Quiere que desde el bautismo  
 Esté sin mancha ni escoria;  
 Y para eterna memoria  
 De una pintura tan bella,  
 Pretende adornar con ella  
 El gran templo de su gloria.

La gloria es solo el asiento  
 Que su amor me ha preparado  
 Para que brille exaltado  
 Cual astro del firmamento:  
 No tiene otro pensamiento  
 Su corazón amoroso  
 Que el hacerme venturoso  
 Dándome cuanto es preciso  
 Para que en su Paraíso  
 Consiga eterno reposo.

El enojo y reprension  
 Y otros castigos funestos,  
 Son designios muy opuestos  
 A su amante corazón.  
 Toda aquella compasion  
 De que es un padre capaz,  
 Es en su amor eficaz,  
 Quien infundirle procura  
 Sólo afectos de ternura  
 Y pensamientos de paz.

¡Oh qué claro nos lo dice  
 El Evangelio sagrado  
 En aquel tierno, apiadado,  
 Padre de un Hijo, infelicel  
 Que aquel Padre simbolice  
 A nuestro Dios y Señor.  
 Y que sea el pecador  
 Aquel Hijo arrepentido,  
 Es obvio comun sentido  
 De cualquier expositor.

De este mal hijo la audacia,  
 Engañado del demonio,  
 Perdió todo el patrimonio  
 De los bienes de la gracia:  
 Lejos de su Padre sacia  
 Sus inmundos apetitos,  
 Y cometiendo infinitos  
 Desórdenes su locura,  
 Sólo acumular procura  
 Culpas, vicios y delitos.

Conociendo su miseria  
 Y su loco frenesí,  
 Tomó de volver en sí  
 La resolucion más seria:  
 Todo una pura laceria,  
 Y con la hacienda perdida,  
 Busca, mudando de vida,  
 (Aunque de su vista indigno)  
 En un Padre el más benigno  
 La más piadosa acogida.

¿Quién no pensara y dijera  
 Que al verlo el Padre venir  
 Lo habia de recibir  
 Con la esquivéz más severa?  
 Mas ¡qué diversa manera  
 Tiene el Señor de pensar!  
 Es Padre, y se ha de alegrar  
 Al ver un hijo enmendado,  
 Sin poder, lleno de agrado,  
 Su gusto disimular.

Por eso de regocijo  
 Todo lleno y de alegría  
 Vió que á su casa volvía  
 Aquel su perdido hijo:  
 Las ternuras que le dijo,  
 De su voz el mundo llanto,  
 Pueden sólo expresar cuánto  
 Elocuente y persuasivo  
 Es siempre con su atractivo  
 Del amor el dulce encanto.



Todo en lágrimas deshecho  
Luego los brazos le extiende,  
Como que quiere y pretende  
Meterlo dentro del pecho:  
Aún no su amor satisfecho  
Una y otra vez lo besa;  
Y para dar más expresa  
Muestra de su gran placer,  
Manda luego disponer  
La más espléndida mesa.

Mas ¿cómo lo abraza luego?  
¿No ve que el pródigo es tal  
Que ha disipado el caudal  
En el vicio y en el juego?  
¡Oh amor! ¡Y cómo el ser ciego  
Es preciso que te cuadrel  
Pues amor de padre y madre  
No mira otro punto fijo  
Más, que el hijo, es siempre hijo  
Y que el padre siempre es padrel  
*Francisco Javier Lozano, S. J.*

**MAGNÍFICO EJEMPLO**

La Real Academia Española ha celebrado una solemne sesión para adjudicar los premios de la virtud á varios individuos que se han distinguido por rasgos sublimes de abnegación.

La memoria expresando los méritos contraidos por los agraciados ha sido redactada y leída por el académico don Eugenio Sellés, poeta de la escuela liberal más pura, quien no ha podido sin embargo omitir el rasgo que vamos á mencionar y que obtuvo uno de los premios.

Haciendo la reseña de los premiados, dice un diario madrileño, liberal tambien:

**“Virtud religiosa**

Matías Calabria tiene mujer y ocho hijos. Vive, de exiguo jornal, en una barraca construida por él mismo sobre solar prestado y con materias recogidas de limosna.

No lejos de aquella miserable habitación existe una Escuela Asilo donde son recogidos los párvulos, que reciben allí, no sólo instrucción y comida, sino hasta juguetes con qué entretener las horas de recreo.

Calabria obtuvo asilo para tres de sus hijos; una verdadera fortuna para ellos y un alivio para aquel hogar, donde no siempre el pan alcanza á todas las bocas. El problema de la vida quedaba resuelto, en parte, con todo lo que puede apetecer la ambición de las clases olvidadas por la suerte.

Pero aquella institución, puramente civil, no proporcionaba enseñanza cristiana á sus acogidos y al saberlo Calabria, retiró de ella á sus hijos, mostrando que aún hay quien posponga los intereses morales á los intereses materiales en el vértigo de este mundo, que ya no rueda, sino se precipita, mareado por los resplandores del oro y los deleites de la carne.

«Gracias á las libertades liberales» debia haber añadido el Sr. Sellés y el periódico que transcribe su memoria.

**EL PUEBLO SOBERANO**

Dicen que el pueblo es soberano: séalo en buena hora; pero al pueblo que se levanta, se le bombardea en Barcelona y se le ametralla en París.

Cuando el pueblo no era soberano, pagaba pocas contribuciones, viajaba sin pasaportes, y dormía sin cerrar las puertas de su casa; la Religión las guardaba. Ahora al pueblo se le chupa la sangre y se le va dejando desnudo, bien que se pone en cambio en la cabeza...una corona de espinas.

Así se desnudó, y se escarneció, y se crucificó á Jesucristo... y, sin embargo, sus verdugos pasaban delante de él, movian la cabeza... y gritaban: «¡Dios te salve, Rey de los judios!»—(Aparisi).

**PENSAMIENTOS**

Lo que puede haber de peor es la corrupción de lo mejor.  
*(San Juan Crisóstomo.)*

El corazón tiene razones que la misma razón desconoce.  
*Pascal.*

El placer de morir sin pena vale la pena de vivir sin placer.

Mas sirve la caridad al que la hace que al que la recibe.

Aprende á vivir bien, y sabrás bien morir.

Rectifica tus pensamientos, y si son puros, tus acciones lo seran tambien.

Los buenos sucesos vienen de Dios pero las buenas obras salen de nosotros.

Las grandes riquezas producen los grandes cuidados: el mucho número de hijos, muchas preocupaciones; y la vida larga, males de larga duracion.

Examina bien si lo que prometes es justo ó si puedes cumplirlo; porque la promesa que se hace, no debe revocarse.

El hombre honrado está siempre pacífico, igual y tranquilo; pero el malo vive siempre en la turbacion é inquietud; y dolores secretos devoran su corazon.

No pidas que los sucesos se arreglen á tus deseos; sino, conforma tus deseos á los sucesos: este es el medio de ser dichoso.

Muchas veces es efecto de la gracia de Dios lo que llamamos efecto de su indignacion; y lo que pensamos que es efecto de su gracia, lo es de su ira.

*(El Papa San Gregorio.)*

**LEJOS Y CERCA**

—Ayer, padre cura,  
con el campanero  
me subí á torre

más alta del pueblo.  
Y lo que tan grande  
desde abajo vemos,  
visto desde arriba  
parece pequeño.  
Padre, ¿en qué consiste?  
—Escucha, hijo mio,  
y no olvides esto.  
Lo más asombroso  
que existe en el suelo,  
los grandes palacios,  
altos monumentos,  
cuanto sobre el mundo  
se eleva soberbio,  
si ganas la altura  
lo veras pequeño.  
Mezquino á tu vista  
será lo más regio,  
porque allí...te encuentras  
más próximo al cielo.

*M. Ramos Carrión.*

**BIBLIOGRAFIA**

CATHOLICUM.—Revista contemporanea ilustrada de la Iglesia Católica se publica en Roma el 2. y 4 Sabado de cada mes en cinco ediciones Italiano, Frances, Ingles, Aleman, y Español. Unica representación para España y las Colonias y America del Sud, Subirana Hermanos, editores Calle Puertaferriosa 14 Barcelona. Precio 30 pesetas al año y 16 al semestre.

CATHOLICUM es una revista verdaderamente nueva impresa con esquisito arte, adornada con grabados preciosos en una palabra, es un paso dado por la prensa católica que merece muchos aplausos. Es un dolor ver como progresa el arte de las tinieblas; justo es que avance tambien el arte de la luz; la civilizacion cristiana asi lo exige. Ensalzar los actos públicos de la Iglesia, referir el progreso religioso y moral del mundo, admirar el prodigioso arrojio de los misioneros católicos, ilustrar la acción del catolicismo en cada pais es sin duda una obra nueva y meritoria que ha de encontrar nuevo eco y ha de abrir el camino á otros trabajos análogos. Adelanta por Jesucristo. Crezcamos en El en todos sentidos; que en El estriba el progreso verdadero.

EL CATEQUISTA INSTRUIDO.—Método para enseñar bien el catecismo. Obra util para los señores sacerdotes y para los maestros de escuela por un Sacerdote Saleciano. Folleto de 143 páginas en 8.º precio en rústica Ptas. 0'75 y en tela 1'25—Barcelona. Libreria Saleciana.—Sarriá.

**LA LECTURA POPULAR**

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, rrieros, feligreses, etc, ó manda distribuir por huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias cuartillos y octavos de accion.

**PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA**

Una accion. . . . . 4 pesetas mensuales  
Media id. . . . . 2    "  
Un cuarto id. . . . . 1    "  
Un octavo id. . . . . 0'50   "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, el administrador de este periódico, Orihuela. Puede tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10. y en las demas administraciones católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR